

El dentista zurdo

Por Jordi Sobrerroca

Me dirigía al barrio de los Remedios. Eso es lo que yo necesitaba, un remedio para mi muela siniestrada. Había cambiado de ciudad y sin duda mi mayor temor, más que acudir al dentista, era no poder completar en armonía todas las necesidades en mi nuevo destino. Cambiar de dentista no era como cuando iba a comprar un bañador, o un bikini. Entraba y miraba, y si no me convencían los colores o los diseños, buscaba en otro lugar hasta encontrar una buena tienda donde satisfacer mis necesidades. Era distinto. Cuando tienes que abrir la boca delante de un desconocido, a punto de dislocarte el maxilar, y enseñar tu alma en una mueca de bostezo, te aseguras de acertar en la diana al primer disparo. Lo hice. Pedí referencias <<Te lo recomiendo, es el mejor>> Sinceramente, esta frase en boca de una persona cercana y de confianza fue lo único que me empujó a cruzar el puente de San Telmo.

La enfermera, abrió la puerta.

—Hola, pase señorita. El doctor la está esperando. Siéntese y en cuanto esté listo la avisare.

Asentí, y con la mano en mi mejilla, me senté en una silla de la sala de espera.

Me extrañó su amable y casi exagerada sonrisa. O era muy simpática o, para acrecentar mis miedos, no estaba acostumbrada a ver muchos pacientes en esa consulta. Quizás fuera nueva en el trabajo y todavía no había cicatrizado en ella la monotonía del saludo profesional. La cuestión es que la semana pasada sufrí la primera cita para rellenar la ficha y contarle mi problema al doctor y, ella, tenía siempre enmarcada su sonrisa. Y hoy, su expresión, con sonrisa incluida, era como si se hubiera encontrado a un ser humano en el desierto después de meses solitarios. Por momentos, mi dolor de muela se revelaba contra la enfermera.

Agarré una revista que me llamó la atención. *Muy Interesante*, pero no pude empezar a leer ni tan siquiera el índice de la primera página.

Volvió le enemiga de mi muela.

—Puede usted pasar.

La enfermera borró la sonrisa. Mi expresión, a parte de dolor, mostraba enfado.

—Que..., puede usted pasar —repitió, con más cautela al ver mi enojo.

Con una sonrisa forzada y gesticulando, logré decirle que me pareció escuchar otra cosa <<Como por ejemplo, una enfermera sicótica que me dice...: Lo que vas a pasar >>

Se que la hice víctima de mis miedos, pero el trueno que me atravesaba la muela no me dejaba espacio para extender las comisuras.

Cuando estuve sentada en el sillón del dentista, escuché una puerta que se abría tras de mí. No pude girarme, y el reposacabezas me restaba ángulo de visión. Aunque por la

voz, era la misma persona que me contó el procedimiento la semana pasada. Era Leopoldo, el dentista zurdo.

Debo reconocer que cuando le vi por primera vez mis instintos me ordenaron tirar del freno, salir corriendo sin mirar atrás y cruzar el puente de San Telmo hasta atravesar el centro histórico y encerrarme en mi casa. Cuando me contó todo el protocolo, parecía seguro y profesional <<Te daré varios pinchazos por aquí, te sacare esmalte por allá... etcétera>> Lo decía tranquilo, pausado, con seguridad. Pero..., ¿no es esto lo que hacen también los sádicos?

Conocía todos los rincones de mi muela, la había dibujado y con la punta del bolígrafo indicaba los distintos puntos a mejorar, con su zurda, intentando no llevarse con la mano la tinta ya derramada. Zurdo. Si, lo se. La derecha es la diestra y la zurda la siniestra, bonita palabra para bautizar la mano de un dentista. Ahí estaba yo, con mi muela siniestrada delante de una mano siniestra.

Sin previo aviso, un chorro de luz potente me atravesó el alma, me forzó a cerrar los ojos mientras el dentista zurdo hurgaba en mi boca. Aprovechando mi falta de conversación, Leopoldo hizo gala de su escondida afición, los monólogos. No dejó de hablar en ningún momento, si no fuera por su marcado acento andaluz, juraría que es argentino. Aunque..., bendito sea. No me enteré de nada. Bueno sí, cuando me dijo: <<Bueno, esto ya está>> fue lo único que mis oídos pudieron procesar. Y el dolor, cesó. Me levanté y Leopoldo sonrió.

—¿Qué, aliviada?

—Sí, mucho —. Quedé sorprendida, mi boca de corcho poroso, me dejaba hablar.

—De momento no te hagas ilusiones, es la anestesia. No sientes el dolor y fuerzas la inflamación al hablar. O sea... —. Y con el índice y el pulgar de su siniestra mano, cerró una cremallera en su boca—... boquita cerrada.

—De acuerdo dentist... perdón. De acuerdo señor Leopoldo —. Casi se me escapa.

—El señor está en los cielos —me respondió. Y ya de paso...—Por cierto, ¿Qué iba a llamarme? ¿Dentista? O... ¿Señor dentista?

Y con el pulgar y el índice de mi diestra mano, cerré una cremallera en mi boca. Los dos sonreímos y me despedí de Leopoldo, mi dentista zurdo.

—No se olvide de pedir hora para la próxima, espero su visita. Con mejoras por supuesto.

Y cerró la puerta de la consulta.

La enfermera, a mi muela, ya no le parecía tan desagradable. <<Pobre chica>> pensé cuando la vi. Hace veinte minutos era el mismísimo diablo con cofia, y ahora parece perseguirla un halo. Estuve a punto de decirle que mis expresiones del principio no eran mías, que era la muela que mostraba su cara. Pero en su lugar, asentí con una tímida sonrisa en mis comisuras y tomé el recordatorio de su mano con la fecha y la hora de la próxima visita. Me despedí con otra sonrisa que aseguraba mostrar agradecimiento.

Al salir estaba convencida de que el dentista zurdo sería finalmente mi nuevo salvador, y no me vería forzada a probar la miel de otro panal. Así que fui recorriendo la media hora de camino tranquilamente y pensando en que, el miedo, me hizo desconfiar del dentista zurdo. El miedo, me privó del encanto del Salambó. Y el miedo, cruzando por el puente de San Telmo, desaparece para que la esperanza te diga que... finalmente, has cambiado de ciudad.

